

crujía : habíase tendido en ella , y pasando el capitán , dió una coz diciendo , quita allá . El sacó su cuchillo , y dale tantas puñaladas que no le dejó respirar y murió allí ; y con la temeridad que lo había hecho y pecho gentil dijo luego : « ¡ alto ! bajen la antena , que ya sé que me han de ahorcar , y no se me da un clavo , pues he vengado mi corazón ; » y así fué ello , y luego fué ahorcado . Esta ya sé que fué temeridad bestial , que es vicio que nace del mayor de todos , que es la soberbia ; porque de la manera que el arrogante no quiere conocer superior , así es el temerario ; huye la sujecion que debiera mostrar , rindiéndose al parecer ajeno , y no emprendiendo cosa sin consejo , y de la manera que Dios castiga al soberbio con su misma soberbia , como á Amán con su horca , también azota al temerario , sacando del cuero las correas , y tomando por verdugo de la culpa su misma temeridad . Los hombres cuerdos y prudentes miden cada cosa con vara de juicio justo , y no permiten que la locura les ponga en aprieto , que salgan tiznados como este que he referido . Deste tanteo sacan el conocimiento de la cosa que es digna de miedo y la que se puede desear ó acometer ; y el que no lo hace primero , hallarse ha después confuso y corrido , por haber entrado sin cuenta donde le era muy necesaria .

De los estremos de la fortaleza , que son temeridad y miedo , tan vicioso es el uno como el otro , y no menos pernicioso el primero que el segundo : es á veces causa del primero , el no tener que perder ; y esto creo que hace temerarios á los que mueven las casas de madera , haciendo pájaro con pluma lo que parece tortuga ; porque ser atrevido sin término , el que no tiene de qué caer muerto , no es maravilla ; pues se dirá dél lo que Catón el mayor dijo de un soldado , á quien le alababan de muy atrevido , y que por miedo de la vida nunca dejaba de arriscarse á cualquier peligro : « mucho importa ver qué es lo que tiene en menos , la vida ó la virtud . » Va mucho de tener un hombre qué perder ó no , ó hacerse mas caso un hom-

bre de mostrarse valeroso ó esforzado que desesperado ; porque este no es valiente , sino atrevido , como no le tira cosa que tenga miedo de perderla ; y en razon desto no hay que maravillarse que el galeote , que es el mas pobre y miserable del mundo , sea temerario ; que al pobre desventurado todos los dias le son de un color , todos le son iguales ; tan poco manda á la noche como á la mañana . Solo era primero ; y si en alguna cosa fuere arrojado y sin consideracion , solo se queda con nota de loco , sin pérdida de lo suyo , pues no lo tiene ; ni de lo ajeno , pues no lo manda . De aquí verás qué de empresas arrostran los tristes forzados , que les salen á los rostros , arrojándose al mar con sus hierros , donde quedan anegados ; pues con hierros no podian acertar á ver la piedra preciosa de la libertad , y haciendo otras cosas que no las emprendiera la misma desesperacion .

Sali de Valencia , y ni vi á Isabela , ni sombra de que me hubiese visto ; porque veas por quién nos ponemos en trabajo , cuán bien lo agradecen y qué lástimas nos tienen . Ya te he dicho las condiciones de las mujeres ; pero si no me dieran tanta priesa las galeras , no faltará mucho mas que decirte . Fuimos al camino ordinario hasta Orihuela , Murcia y Cartagena . Bien pensé yo en Murcia hacer mis envites por escapar de las cadenas , pero no hubo remedio ; hallamos en Cartagena las galeras de España , digo , algunas dellas , con el adelantado ; dieron con nosotros en nuestros puestos , y es otra jornada de grande afliccion el entrar en aquella posada tan fuerte , con tales trincheas y fosos , y ver el tratamiento que se os hace por la bienvenida . Aquí me trujeron mis pasos inconsiderados , aunque , por gracia de Dios , presto me vi con libertad . Pero el cómo me escapé de las galeras , y lo demás de mi vida , que fueron cosas estrañas , te diré en la tercera parte de mi historia , para la cual te convido , si esta no te deja cansado y enfadado .

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DEL PÍCARO GUZMÁN DE ALFARACHE, POR MATEO LUJAN DE SAYAVEDRA.

# HISTORIA

DE

## LOS AMORES DE CLAREO Y FLORISEA,

Y DE LOS TRABAJOS DE ISEA,

POR ALONSO NUÑEZ DE REINOSO.

Al muy magnifico señor Juan Micas.

HABIENDO en casa de un librero visto entre algunos libros uno que *Razonamiento de amor* se llama , me tomó deseo , viendo tan buen nombre , de leer algo en él ; y leyendo una carta que al principio estaba , vi que aquel libro había sido escrito primero en lengua griega , y después en latina , y últimamente en toscana ; y pasando adelante hallé que comenzaba en el quinto libro . El haber sido escrito en tantas lenguas , el faltarle los cuatro primeros libros fué causa que mas curiosamente desease entender de qué trataba , y á lo que pude juzgar , me pareció cosa de gran ingenio , y de viva y agraciada invencion . Por lo cual acordé de , imitando y no romanizando , escribir esta mi obra , que *Los amores de Clareo y de Florisea , y trabajos de la sin ventura Isea* llamo ; en la cual no uso mas que de la invencion , y algunas palabras de aquellos razonamientos . Luego que tomé la pluma en la mano , fué con propósito de componer aquesta obra , debajo del nombre y favor de vuestra merced ; porque de otra manera no tuviera yo presuncion de publicalla ni de sacalla á luz ; y esto , con tener por cierto que vuestra merced , usando y haciendo su mismo oficio , la favorecerá en público y reprehenderá en secreto , porque con tan gran favor camine segura y sin ningun temor ; y dado caso que el servicio sea pequeño , vuestra merced no por tanto deje de recibillo , porque no menos loor es recibir pequeños servicios , que hacer grandes mercedes , cuanto mas que yo este no lo tengo por pequeño ; porque yo no doy obra , sino ánimo y voluntad , las cuales cosas no pueden (siendo de vuestra merced) dejar de ser grandes como todas sus cosas lo son (1). — De Venecia y de enero 24, 1552. — Besa las manos á vuestra merced. — ALONSO NUÑEZ DE REINOSO.

(1) En otra carta que , dirigida al mismo Juan Micas , va al frente de las obras en verso de Alonso Nuñez de Reinoso , impresas en Venecia el mismo año , vuelve el autor á hablar de su historia de *Clareo y Florisea* , sobre la cual dice : « Esta historia pasada de Florisea , yo no la escribí para que sirviese solamente de lo que suenan las palabras , sino para avisar á bien vivir , como lo hicieron graves autores , que , inventando ficciones , mostraron á los hombres avisos para bien regirse , haciendo sus cuentos apacibles por inducir á los lectores á leer su escondida moralidad , que toda va fundada en gran fruto y provecho , y debajo de su invencion hay grandes secretos , porque ¿ qué otra cosa es fingir los poetas la batalla de los gigantes , sino mostrar los hombres que viven sin razon ? y qué otra cosa es Mida , sino mostrar el insaciable deseo de los avaros ? y qué otra cosa es Anteon tornado en ciervo , comido y despedazado de sus perros , sino mostrar los hombres viciosos y desbaratados ? Pues Cineo , que trayendo las armas como un diamante , y no pudiendo vencer los centauros , habiéndolo ahogado con árboles y peñas que echaron sobre él , y convertirse en águila , ¿ qué otra cosa es sino mostrar la fama que los valerosos y grandes dejaron de sí , como aquel

gran señor de Egipto con sus grandes obras y grandezas dejara para siempre jamás ? Y así todas las mas cosas de aquella historia tienen secreto ; porque por Florisea y Clareo , se entiende cuán obligados son los casados á guardar firmeza y usar virtud ; por Isea , cuán bien están los hombres en sus tierras , sin buscar á las ajenas ; por aquella difunta ninfa , que ninguno se confie , por gallardo y robusto que sea , en la vida , ni en su mocedad ; por Felisindos , la fortaleza que los hombres de grande ánimo deben tener , por poder llegar á aquella casa de descanso donde estaba la princesa Luciadra , porque aquella es la clara y verdadera : y así ninguna cosa hay en toda aquella historia que no tenga algun ejemplo para bien vivir . Por lo cual , quien á las cosas de aquel libro diere nombre de las vanidades , de que tratan los libros de caballerías , dirá en ello lo que yo en mi obra no quise decir ; porque en verdad que ninguna palabra escribí , que primero no pensase lo que debajo queria entender ; y si con todo dijeron que gasté en esto mal mi tiempo , plega á Dios que me traiga á estado que le gaste mejor , porque con esto tengo disculpa de lo mal gastado y mal escrito . »

Al muy magnífico señor don Juan Hurtado de Mendoza, señor de Frexno de Torote.

AUNQUE me hallo lejos desa ciudad de Madrid, adonde vuestra merced reside, no me olvidé jamás, ni olvidaré de todas las cosas que entre nosotros han pasado; entre las cuales se me acuerda cuántas veces vuestra merced y otros caballeros y señores y amigos míos me mandaron que sacase á luz aquella mi comedia, dirigida al ilustrísimo señor duque del Infantado, y enmendada y corregida por vuestra merced, y cómo jamás se pudo acabar conmigo que lo hiciese. Porque no era de mi condición hacer cosa de la cual andando el tiempo me habia de arrepentir. Y por tanto me pareció de poner aquí la causa que me movió á mudar propósito, haciendo imprimir este libro. La cual no fué otra mas que querer servir en algo á este caballero, á quien esta obra va dirigida, en lugar de otros servicios de los que pueden en esta tierra mas que yo le suelen hacer; porque yo le tengo tanta obligacion, que nó solamente doy por bien empleado todo el tiempo que en esto he gastado, pero soy cierto que jamás me pesará de lo que hice en su servicio, sino de lo que no puedo hacer. Cuanto á la obra, no hay á que tratar; porque en dos cartas, la una en el principio desta historia y la otra en el libro de los versos escribí ciertas razones, las cuales, pues que allí están dichas, no hay para qué tornallas aquí á decir: solamente digo, que algunos versos que van escritos al estilo italiano, tienen y llevan la misma falta que vuestra merced les solia hallar, que era que sonaban algo en la sesta á las coplas de arte mayor, y la causa hallábamos que era el gran uso que de aquellas coplas españolas habia tenido, y con esto y con mi conocimiento, el sabio lector en este mi yerro no debe ponerme culpa. Huélgome que vuestra merced verá esos dos sonetos; el autor del español es persona muy dota, y que si quisiese sacar sus obras á luz, le darian gran honra y fama, y el del italiano es uno de los mas escelentes autores que agora en toda Italia se sabe, y por quien las musas florecen y toda la poesía tiene vida y gala. Cuanto á en esta mi obra en prosa haber imitado á Ovidio en los libros de *Tristibus*, á Séneca en las tragedias, á aquellos razonamientos amorosos y á otros autores latinos, no tengo pena; porque no tuvieron mas privilegio los que hicieron lo mismo de lo que yo tengo, siendo ellos todos harto mas sabios é ingeniosos de lo que yo soy. No se ofrece mas que suplicar á vuestra merced, si viere á los señores don Pero Velez de Guevara, y Alvaro de Loaisa, y don Francisco de Caravajal, y á Antonio de Cáceres, en mi nombre les dé mis besamanos; y no los viendo, los avise de mi memoria cuando les escribiere adonde se hallaren. Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde, y siempre prospere. De Venecia y de marzo 1.º, 1552.—ALONSO NUÑEZ DE REINOSO.

### SONETOS.

De un caballero cuyo nombre se encubre para mayores cosas.

Quien junto querrá ver encadenado  
Lo útil con lo dulce en compañía,  
La virtud, discrecion y cortesia,  
Y el modo de vivir limpio y cendrado:  
Quien sutil invencion, quien el traslado  
De toda la moral filosofia,  
Quien agradable historia y poesia;  
Aquí verá la suma y el dechado.  
Dichosa y bien andante, Florisea,  
Te puedes ya llamar, no sin ventura,  
Y tú, Clareo, llamarte venturoso;  
Felices tus trabajos, linda Isea,  
Pues ha dejado á sí, con su escritura,  
Y á vos fama inmortal el DE REINOSO.

Di M. Lodovico Dolce in lode del Signor Alfonso Nuñez de Reinoso.

Poi che del Beti e del gran Tago infiora  
Con pure voci e note alte e faconde  
Reinose le superbe altere sponde,  
Che di ricchi trofei Cesare onora;  
Febo, il cui raggio il mondo orna e colora,  
E chiare e sacre in noi virtuti infonde,  
Cingi le tempie sue delle tue fronde,  
Che le più degne non cingesti ancora.  
E poi ch'egli ha da te natura ed arte  
Tanta, che può dar vita a mille ingegni;  
Fà, ch'io viva, Signor, nelle sue carte.  
E, se ben vinse le provincie e i regni  
Alzando lei nel ciel Pallade e Marte,  
La bella Italia mia non se ne sdegni.

## LOS AMORES DE CLAREO Y FLORISEA,

Y LAS TRISTEZAS Y TRABAJOS DE LA SIN-VENTURA ISEA, NATURAL DE LA CIUDAD DE EFESO.

### CAPITULO PRIMERO.

En el qual Isea propone el principio de la obra, y cuenta la partida de Clareo de la ciudad de Bisanzo á la de Alejandria, comenzando de aquesta suerte.

Si mis grandes tristezas, trabajos y desventuras por otra Isea fueren oidas, yo soy cierta que serán no menos lloradas que con razon sentidas; pero con todo, pienso que, pues mis tristes lágrimas ablandaron y enternecieron las duras piedras, que así harán á los blandos y tiernos corazones, so pena que no siendo así, confesarán que son mas duros que las duras peñas. Esta mi obra, que solamente para mí escribo, es toda triste, como yo lo soy; es toda de llanto y de grandes tristezas, porque así conforme con todas mis cosas, y tenga el hábito que yo tengo; cuenta fortunas ajenas, porque mejor se vea cuán grandes fueron las mías, y aun al presente son; no lleva estilo, ni orden, porque yo no quiero loor ni me conviene ninguno; de quien leyere esta obra que escribo, no pido remedio, sino piedad, si para mí hay alguna; pero yo soy cierta que en esta tierra no la hay, porque en otras ya podria ser que se hallase, y que muchos llorarian los trabajos de la sin ventura Isea, que tan lejos agora de aquellas partes se halla, ausente de todas las cosas que placer darle solian; y metida adonde sus males sentir solamente no puede, teniendo por cierto, que hallándose en tan triste tiempo, aun el que vendrá será peor, y todas mis cosas como las pasadas han sido; las cuales aquí contar quiero, comenzando la historia en los trabajos de quien fué causa de todos los míos.

Para lo cual, piadosas y generosas señoras, á quien mis palabras enderezo, es menester saber que en la ciudad de Bisanzo fué un caballero, de noble sangre y honesta vida dotado, y cumplido de todas las partes, que á un gentil-hombre convenian; el cual por nombre tenia Clareo, hijo de Helisandro, persona la mas principal y rica de toda la ciudad. Este Helisandro tenia un hermano, que Heliseno se decia, el cual tenia una sola hija, que Florisea se llamaba, de la cual Clareo se enamoró, y tan estremadamente quiso, que grandes penas y trabajos por ella sufrió. Y avino así que, habiendo pasado muchos tiempos que estos amantes se querian, concertaron de salirse, y irse adonde su ventura llevarlos quisiese, porque adonde hay amor verdadero ningun peligro se teme, todo se intenta; y así amor les dió ingenio como lo pudiesen á su salvo hacer; porque, hablando Clareo con un amigo suyo, tan grande, que Peritoo con Teseo no lo fueron mayores, con la confianza que en él tenia, de su intencion le dió cuenta; y así, después de diversos pareceres, acordaron de sacar á Florisea y llevarla en Alejandria; y juntando todo el mas haber que pudieron, lo pusieron por obra. Tenia Clareo otro hermano, que Florisindos se decia, y segun lo queria y amaba, no dejara de irse con él; pero no pudiendo por entonces, le juró que dentro en un año seria con él. En el cual tiempo Clareo prometió de no casarse con Florisea, sino de tenella como su propia hermana; y con esto, con muchas lágrimas se despidieron, haciendo su camino con próspero viento á la ciudad de Alejandria, de la manera que entre ellos estaba concertado, dejando á sus padres con su partida no menos espantados que tristes y descontentos.

T. III.

### CAPITULO II.

En el qual Isea va contando cómo navegando Clareo y su compañía, vieron la Insula Deleitosa, y las grandes maravillas que los marineros les contaron de los amores del pastor Arquesileo con la princesa Narcisiana.

Habiendo pues navegado algunos días aquellos amantes por la mar adelante, unas veces con próspero tiempo, y otras con contrario (porque los que van navegando no pueden dejar de sentir y probar los reveses y mudanzas de la loca y brava mar), una mañana, ya que el sol esparcia sus claros rayos por toda la tierra, vieron de lejos una hermosa insula, llena de muy hermosas y ricas casas, tan copiosa de arboledas y grandes campiñas, que gran contento daba á los ojos que la miraban, y ponía gran deseo á los navegantes de ver tierra que tan hermosa parecía, y así determinaban, cansados de la fastidiosa mar, de reposar allí; pero los marineros, que sabian mas de la insula que no ellos, les dijeron que no lo hiciesen, porque si en la insula entrasen, que supiesen cierto que se ponian á gran peligro, porque en la insula vivia la princesa Narcisiana, hija del rey de Macedonia, la cual era tan hermosa, que ninguna persona la veia que á la hora no muriese, y que por esta causa sus padres la habian fecho traer en aquella insula, que la insula Deleitosa se nombraba, por causa y respeto de los grandes deleites que habia en ella; adonde la princesa estaba, acompañada de muchas dueñas y doncellas de alta guisa, y de otras princesas, que por le tener compañía allí eran venidas, y algunos pastores, los cuales, á lo que se pensaba, eran grandes príncipes y andaban disfrazados por causa de la princesa, principalmente uno que Altayes de Francia dicen ser, hijo del emperador de Trapisonda, por otro nombre el caballero Constantino llamado, y en aquella insula el pastor Arquesileo.

«Grandes cosas nos habeis dicho; pero ¿cómo sabeis vos todo eso que nos habeis contado?» respondió Clareo. «Yo os le diré, dijo el marinero: pocos dias ha que en esta mi nao pasó una doncella, que aquestas cosas y otras mayores de aquesta infanta me contó, las cuales serian muy largas de contar.—Decídnolas todas, respondió uno de los compañeros de Clareo, que Rosiano se llamaba, porque muy gran placer recibiremos todos en sabellas, y así podremos mejor pasar el gran fastidio de la desabrida mar.»

### CAPITULO III.

En el qual el marinero cuenta las cosas de aquella insula á Clareo y á los de su compañía.

«Habeis pues de saber (dijo el marinero), que, segun esta doncella me contó, esta infanta Narcisiana es tan hermosa y tiene tanta fuerza en el mirar, que mata en la misma hora que mira; por lo cual, sus padres, como personas que quisieron evitar aqueste daño, la enviaron á esta insula, adonde ningun hombre verla pudiese; y no bastó esto, sino que trae delante de su rostro una forma de velo ó antifaces, con que lo cubre, porque así pueda ver, y siendo por ventura vista, no matar. Y porque tan gran hermosura por todo el mundo fuese sabida, enviaron retratos por las cortes de todos los príncipes; y muchos, espantados de tan gran beldad, y presos della, se determinaron de en vida pastoril venir á esta insula; pero antes, por consejo de grandes mágicos, se lavaron con cierta agua

28

confionada, porque veiendo á la princesa no pudiesen peligrar. Quien entre todos ellos es mas tenido y estimado, es el pastor Arquesileo, que hijo del emperador de Trapisonda se cree ser, porque este es demasidamente hermoso y muy gran músico, y la infanta lo ama, porque se parece con Altayes, que es el mismo á quien ella por oidas en extremo ama y quiere; y como este pastor amase tanto á la infanta, por hablar algunas veces delante de su presencia y darse á conocer, tomó gran amistad con una reina, que Sagitaria se nombra, señora desta doncella que digo; la cual vale mucho con la infanta, porque la quiere y ama en extremo, y por esta causa Arquesileo habla algunas veces con la infanta, y tañe y canta en su presencia, y quasi le da á entender su pena. Mas la princesa al principio no entendia la fin del pastor; pero andando algun tiempo la entendió, y no tan libre que alguna pena no sintiese, por lo ver tan hermoso y tan acabado en todas sus cosas, y le parecia segun su gran atrevimiento, que no dejaria de ser gran príncipe. Pero ninguna cosa destas jamás dió á entender, porque su grandeza y honestidad defendian el mostrar sus deseos. Aportó en aquel tiempo en aquesta insula una doncella estrangera, la cual pidió un don á la princesa, el cual ella otorgó, y el don era, que mandase á Arquesileo, pastor, que con ella se fuese, lo cual dió gran pena á la infanta; pero viendo que otra cosa hacer no podia, por haber dado su palabra, otorgó la partida del pastor, que para él fué partir de la vida y caminar á la muerte, y así se fué con la doncella á un lugar, que cerca de la insula estaba, adonde tenia sus armas; y armado de todas ellas, llamándose el caballero Constantino, se partió con la doncella.»

## CAPITULO IV.

En el cual, prosiguiendo la historia el marinero, cuenta lo que aconteció en la insula, después de la partida de Arquesileo.

«Caminando Arquesileo, llamándose el caballero Constantino, con la doncella que de la insula lo habia sacado, después de algunos dias pasados, le dió derecho de un gran tuerto que le era fecho; y habiendo cumplido el don que la princesa le habia prometido, se partió, y antes que á la insula volviese, acabó grandes y estrañas aventuras, en el cual tiempo parece ser que aquellos pastores, que con la infanta quedaron, habiendo grande invidia al pastor por pensar dañarle, le levantaron que él era traidor, y habia cometido traicion en el palacio real y casa de la infanta; y esto, con tener no honesta ni licita conversacion con la reina Sagitaria; la cual acusacion, aunque falsa, supieron poner tan cautelosamente, que á la princesa fué forzado, por cumplir con su honra, de dar por sentencia que la reina fuese obligada de dentro en dos meses dar caballero que se combatiese con aquellos pastores, y la librase de la acusacion que contra ella ponian; donde no, que muriese, y Arquesileo, si á la insula tornase; y así la mandó meter en prision; la cual, viendo la poca culpa que tenia y viéndose presa, hacia muy gran llanto. No sabiendo qué remedio tener, mandó diez doncellas suyas que fuesen por todo el mundo á buscar algun caballero, que por ella esta batalla hacer quisiese, informándolo de su justicia y de la gran sinrazon que se le hacia; las cuales con este recaudo partieron por diversas partes del mundo; pero aquella, que fué la misma que esta historia me contó, aportó en aquella parte adonde el caballero Constantino andaba, tan conocido por sus grandes hazañas, que en toda la tierra en otra cosa no se hablaba; por lo cual, esta doncella, movida por su gran fama, lo buscó; y hallándolo un dia, le pidió un don, y otorgado por él, le contó todo lo que habemos contado, pidiéndole de la reina se quisiese doler, y de aquella falsa acusacion librar. De las cuales cosas Constantino quedó maravillado; y como él supiese la verdad, luego acetó la demanda, y pesóle mucho del trabajo en que la reina se hallaba, sin tener ninguna culpa. Y luego se par-

tió á la insula, y llegado, entró en campo y libró á la reina de la acusacion y de todos aquellos que la acusaban, de lo que la princesa fué demasidamente leda y contenta, y no menos espantada de la valentia de aquel caballero, y preciolo mucho, y rogóle tanto que quitase el yelmo, que él lo quitó; y quitado, la princesa quedó espantada, y en altas voces dijo: «¡válame, Dios! ¿Este no es Arquesileo, mi pastor?» A lo cual Constantino respondió, que él no sabia quién fuese Arquesileo, y que él era un caballero estrangero, natural del reino de Escocia, y que su nombre era Constantino; y así, sin mas decir, se partió luego, dejando á la princesa tan fuera de sí, que quedó mas muerta que viva; porque, como ella amase á Arquesileo por su gran hermosura, y aquel con ser tan estremado caballero se pareciese tanto con él, comenzó de querer de suerte, que jamás lo olvidó, y recibió gran pena por ver partir tan brevemente aquel por quien tan presa quedaba. El cual, dentro en tercero dia, vestido en su hábito pastoril tañiendo su flauta, vino á la insula, y de la princesa fué levemente recibido por se parecer con quien ella tanto queria, y por quien ya tanto penaba, y luego le contó todo lo que después de su partida habia sucedido, y cómo un caballero, que se parecia en extremo con él habia librado á la reina; á lo cual Arquesileo respondió, que él no sabia quién fuese el caballero, ni quién se pudiese parecer con él, que bien era verdad que él habia oido que Altayes de Francia, hijo del emperador de Trapisonda, se parecia con él; pero que lo tenia por cosa imposible. La infanta, oyendo aquello, tuvo por cierto que aquel caballero que tanto se encubria debía ser Altayes, y comenzó de amar con demasitada pena, viendo que era tan alto príncipe, y vino á penar tanto por él, que todos conocian su mudanza, y holgábase mucho de hablar con Arquesileo por se parecer con Altayes, que era él mismo, y aconsejábale con él, habiéndole ya descubierto su deseo, diciéndole si podria ella por alguna forma ver á Altayes; á lo cual él respondia sábia y cuerdate. Y así están encubiertos los pensamientos de aquel pastor (que es el mismo Altayes), sin saberse en qué pararán; y esta doncella sabe solamente la verdad, porque lo trujo á la batalla de la reina; pero no dice nada, y como yo la llevase en esta mi nao á Macedonia, contome todas estas cosas que os tengo, señores, contado, así de las cosas desta insula, como de los amores y gran hermosura de Narcisiana.»

Muy espantados quedaron todos de oír aquella aventura, y gran deseo tenían de ver aquella insula; y estando ya tan cerca, que bien podian hablar con los moradores, oyeron en la insula grandes gritos y llantos, y mirando lo que podía ser, vieron venir un gran carro, al cual tiraban cuatro muy hermosos caballos, tan blancos, que parecian los de la diosa Venus, el cual venia todo cubierto de raso carmesí bordado de oro y ricas piedras, y dentro venian mujeres que hacian aquel llanto, tan hermosas y ricamente guarnidas, que bien mostraban su valor y grandeza. Con ellas venian tres gigantes, que el carro hacian tirar, enderezándolo á una barca que en el puerto estaba, haciéndolo caminar á gran priesa, no cesando de hacer gran llanto las que en él venian, llamando á Dios que las socorriese, y quejándose del mal que recibian; y queriendo ya llegar á la barca, vieron venir dos pastores, los cuales, echando de presto los pastoriles hábitos, quedaron armados; y poniéndose delante del carro, comenzaron á combatir bravamente con los gigantes que aquel carro tirar hacian, principalmente uno de los dos, que tan esforzadamente combatia, que á la fin no pudiendo los gigantes resistir á sus fuerzas, ni á las del otro pastor, comenzaron á huir para la mar, no con pequeño temor de nosotros, por pensar si nos habian de hacer algun daño; pero no avino así, porque los pastores se dieron tan buena maña, que los siguieron hasta la mar, y llegando, los echaron en ella, y así se ahogaron. Y no contentos con esto, entra-

ron en la barca, y mataron á cuantos habia en ella, y se tornaron á la insula, y espantados Clareo y su compañía, comenzaron á navegar, sin quererse detener, porque no les viniese algun peligro.

## CAPITULO V.

Que cuenta cómo llegaron en Alejandria, y de las grandes maravillas que vieron.

Y así teniendo buen tiempo, dentro en diez dias llegaron á la ciudad de Alejandria, adonde desembarcaron; y entrando en la ciudad por una puerta que del Sol se llama, comenzaron á mirar aquella hermosa ciudad, no pudiéndose los ojos hartar de mirar tan gran hermosura; porque de la puerta del Sol hasta la de la Luna, que eran los dioses de aquella tierra, y los que la defendian, se veian columnas de una parte y de otra, puestas todas con bella y hermosísima orden, en medio de las cuales estaba la plaza, de la cual salian infinitas calles para diversas partes y diversos usos; y así, habiendo pasado aquella compañía gran parte de la tierra, aportaron á un lugar, que de Alejandria se decia, y súptamente comenzaron á ver otra ciudad, á la cual hermosas columnas rodeaban y pintaban, andando por la cual no podian comprehender la gran belleza que por todas partes les ocurría, no queriendo pasar ninguna cosa que no fuese vista; y aunque para mirallas todas particularmente era menester gran tiempo, pero la gran copia de las que nuevamente veian era causa de pasar adelante. Y así, habiendo visto tantas cosas, confesaban que los ojos estaban y quedaban vencidos de tanta grandeza y hermosura de tan hermoso lugar; y esto les espantaba mas, que parecia que la ciudad competia en grandeza, y en beldad y hermosura, no pudiendo juzgar cuál destas dos cosas fuese mayor, y pensaban que toda la gente del mundo no bastaria para habitar tan gran ciudad; y por otra parte, viendo tanta gente, creian ser imposible caber en ella, por grande que fuese. Celebrábase aquel dia que allí llegaron, la fiesta del dios, que de los griegos Júpiter es llamado, y de los egipcios Sarapi; y á esta causa por todas las ventanas se veian grandes fuegos y luminarias, que daban tan gran resplandor que, venida la noche, quedaba todo tan claro como con el sol está el dia; y así, habiendo visto todas estas cosas, Clareo y su compañía se fueron á una posada que ya les habian tomado.

## CAPITULO VI.

En el cual se cuenta en qué manera Clareo en Alejandria comenzó á vivir, y de lo que le aconteció con un cosario que Menelao se llamaba, con el cual gran amistad habia tomado.

Llegados á la posada y aposentados en aquella ciudad, Clareo comenzó á vivir en ella, no queriendo casarse con Florisea hasta la venida de Floresindos su hermano; y como él fuese tan gentil hombre y de tan noble condicion, en poco tiempo fué de todos los principales de la tierra conocido, y dellos todos querido y amado, conversando con todos domésticamente, y entrando en justas y torneos, y haciendo otros ejercicios honestos, y que á caballeros convenian; en las cuales cosas se habia tan bien y tan cuerdate, que siempre salia bien de todas ellas, y con mucha fama y honra; y lo mismo hacia Rosiano su compañero, lustrando en ellos todo lo que hacian. Aconteció, que en aquel tiempo aportó en aquella gran ciudad de Alejandria un cosario, que Menelao habia por nombre, muy rico por los grandes robos que habia hecho; y como allí no se supiese su vida, y la tierra fuese tan grande, comenzó á gastar y á vivir sin ninguno tener cuenta con su vida.

Aqueste, por ser estrangero, tomó gran amistad con Clareo, por sello también, y creció tanto la conversacion entre ellos, que así como hermanos se trataban y querian; y continuando Menelao la casa de Clareo, su ventura

quiso que á Florisea viesse, y que luego por ella quedase perdido; y así la comenzó de amar y querer, mostrándolo por todas las vías que podia; porque, aunque él tenia gran amistad con Clareo, no le parecia ofendelle, porque su intento era casarse con Florisea, que hermana de Clareo decian ser. Y viendo que ella ninguna cuenta hacia dél, estando tan encendido y abrasado por su amor, determinóse un dia de hablar á su hermano, porque le parecia aquella ser la mas breve vía, y así como lo pensó, lo puso por obra. Y hallándose una tarde so las riberas de un rio, le comenzó de hablar, diciendo: «señor Clareo, tiene tanta fuerza la amistad, cuando entre iguales está, que de los muy estraños hace muy cercanos deudos, como por ejemplos grandes habemos visto, que por no gastar tiempo y venir á lo que decir quiero, dejaré de contar; baste que sin buscar ajenos ni peregrinos, esto en nosotros se puede bien verificar; porque cuanto á mí (y lo mismo creo, señor, de vos) yo os amo y quiero mas que á propio hermano; por lo cual, y porque el deudo mas se confirme, me ha parecido de recibir por mujer á la señora Florisea; vuestra hermana; y así os he querido dar esta cuenta, para que sabiendo, señor, mi voluntad, querais lo mismo que yo deseo, y hagais con vuestra hermana que lo quiera; porque, aunque de mi parte yo gano en extremo mucho, yo creo que vos ni ella no perdereis.»

Muy turbado quedó Clareo después que entendió la intencion y fin de Menelao; pero disimulando lo mejor que pudo, le respondió en pocas palabras, y le dijo, que él recibia señalada merced en el querer tomar á su hermana por mujer, y se tenia en ello por de gran ventura; pero que supiese que él no podia casalla hasta la venida de un su hermano, que allí presto esperaba, y que fuese cierto que siendo venido él se la daria sin falta ninguna; la cual respuesta no contentó á Menelao; pero con alegre rostro la disimuló, con propósito de lo que adelante diré.

## CAPITULO VII.

En el cual se cuenta cómo Menelao por engaño robó á Florisea, y llevándola por la mar adelante, la descabezó y echó en la mar.

Era este Menelao, de quien hablamos, muy versado en las cosas de la mar, como persona en ellas esperta, por haber mucho tiempo que era usado á ser cosario, y tenia en aquel puerto una gruesa nao; y así, pasando algunos dias, por mas disimular, tenia con Clareo la misma amistad que de antes tener solia; y como estuviese tan encendido en los amores de Florisea, acordó de por engaño roballa, y así lo comunicó con sus compañeros, y avisándoles y informándoles de todo lo que habian de hacer, determinó de convidar un dia á Clareo, para que con su hermana y compañía se fuesen á comer á su nao; de lo cual bien quisiera Clareo escusarse, porque la noche antes habia visto en sueños una casa, en la cual estaba toda la historia de la sin ventura y misera Filomena pintada, viéndose en aquella tela (la cual Filomena habia labrado) la fuerza que Tereo le habia fecho, y cómo la mostraba á Progne, su hermana, la cual estaba triste y airada contra el marido, y cómo después le ponian las dos hermanas en la mesa la cabeza y manos del muerto hijo, y él las seguia con la espalda desnuda, y á la fin todos se convertian en pájaros.

Estas cosas todas que Clareo habia visto mostraron el mal que después le vino; pero con todas ellas no pudiendo escusarse aceptar el ir á la nao, temiendo con todo la traicion, pero no de suerte que les pareciese cosa posible. Avino así, que antes que fuesen en la nao, fueron á ver un gran monte que estaba puesto en medio de la mar, de tan gran altura que parecia que tocase las nubes, al pié del cual estaba una muy alta torre que quasi igualaba con el monte, tan blanca y hermosa que no se podian los ojos hartar de miralla, la cual tenia en torno muchos jardines y casas de grande porte y placer. Llegar-

dos que fueron, comenzaron á mirar la grandeza de aquella casa; y como la mar batiese por tantas partes, hacíase allí una alegre soledad, y habiendo estado allí un poco de tiempo Menelao, los metió en una de aquellas casas, mandándoles dar muy cumplidamente de comer, y partióse á su nao diciendo que iba á hacer poner en órden algunas cosas que le convenían, y así quedaron; pero no tardó mucho que mas de veinte hombres armados entraron, y dentre las manos les llevaron á Florisea; lo cual, viendo Clareo que delante de sus ojos le llevaban las cosas que mas que á sí mismo quería, con muy grandes gritos comenzó de dolerse y quejarse de tan gran traición. Y á las grandes voces vinieron muchas gentes, así de los que moraban en la torre como de la ciudad, y como Clareo fuese de todos tan amado y querido, mucho se dolían de su mal. Y ciertos capitanes mandaron armar una nao y comenzaron á seguir á Menelao, que ya comenzaba de se ir, y luego vino otra, y así fueron tras aquel cosario, que en breve tiempo iban alcanzando: y queriendo combatir la nao, pareció en la alto della Florisea las manos atadas dando grandes gritos; y un cosario de aquellos, estando así la pobre y triste doncella atada, le cortó la cabeza, y le arrojó el triste cuerpo en la mar.

La cual cosa, viendo Clareo, y con sus tristes ojos mirando tan gran desventura, no de otra manera quedó espantado y atónito, de lo que queda alguno á quien el rayo de Júpiter hiere, sin de todo lo matar; y con grandes lágrimas, sin mas pensar, se iba á lanzar en la mar, si no fuera detenido de aquellos que iban con él, á los cuales muy piadosamente rogó, que ya que no le concedían el morir juntamente con quien su misma vida era, que le ayudasen y favoreciesen para poder cobrar aquel triste y sin ventura cuerpo, y podelle dar sepultura, porque de los peces no fuese manjar; y ellos siendo movidos á piedad detuvieron la nao; y dos marineros de aquellos saltaron fuera, y nadando cobraron el cuerpo, en el cual tiempo los cosarios se fueron y alejaron, y Clareo con los de su compañía se tornaron al puerto, adonde abrazándose con aquel cuerpo muerto, bañado con sus tristes lágrimas, muy triste llanto comenzó de hacer, diciendo:

«Oh desdichada y sin ventura Florisea, y qué muerte tan dura los hados te quisieron dar, cortando y rasgando la hoja de tu vida en tan tierna edad, no guardando las parcas la órden que á tus tiernos años era debida! Oh mares, oh cielos, oh montes, oh tierras! A vosotros me quejo, á vosotros llamo, á vosotros pido que no consintáis que viva quien tan aborrecida la vida tiene. Oh Florisea de mí tan amada y querida, y cuán mal galardón te dió la fortuna, qué mal te pagué los grandes trabajos que por mí sufriste y pasaste! Yo te saqué, querida señora mía, de casa de tu padre, adonde eras regalada y de todos querida y amada, como única y sola hija; yo te truje por los mares bravos, no siendo usada en tales fortunas ni trabajos; por mí dejaste tu tierra, por mí dejaste tus padres, por mí te veniste á reinos extraños; en galardón de lo cual, sin cabeza, arrojaron tu cuerpo en la brava y loca mar. Pues; oh gargantas del amarillo infierno, abrid todas y tragad hombre tan sin ventura; y vos, ondas del río Leteo, río del olvido; y vosotras, lagunas dolorosas y tristes, ahogad mi cuerpo y quitad mi vida! Y vos, mares, causa de todo mi mal, ¿por qué no venís, y en mi vuestro furor todo ejecutáis, dándome la muerte, como distes á quien era mi vida, á quien era mi gloria, á quien era mi descanso, por quien siempre vivía y sin ella vivir no puedo? Oh crueles hados, oh cruel muerte, oh cruel Menelao! á todos os acuso y á Dios de todos me quejo. Oh cuerpo dulce, oh miembros pesados, oh manos mudadas! Y ¿qué es de aquella hermosa cabeza, de vos tan sin piedad cortada? Adónde son agora aquellos claros y hermosos ojos? adónde son agora aquellos rubios cabellos, aquellos blancos dientes, aquella pequeña y colorada boca, aquel

lindo cuello, aquella tan hermosa frente, aquellas blancas y coloradas faces? Oh Florisea, vida y señora mía, y qué tristes bodas haré yo con este tronco, vos muerta y perdida! Oh bienaventurado mar, pues en tan breve espacio escondiste en tí la cosa mas noble y de mayor hermosura, que otra ninguna hasta aquí se ha visto! Pero pues que la envidiosa fortuna me quitó poder besar tu hermoso rostro, á lo menos no me quitará que yo abrace este sangriento cuerpo y con muchas lágrimas bañe, pues quiso mi ventura darme por mujer y esposa una doncella muerta y sin cabeza, vista cortar por mis propios ojos.»

Estas y otras palabras diciendo, hizo dar sepultura conveniente á aquel cuerpo, y así se tornó en Alejandria, haciendo siempre gran llanto y viviendo en triste vida, hasta que el tiempo, como buen médico, lo comenzó algun tanto á curar, deteniéndose allí algunos dias esperando la venida de Floresindos, su hermano, que dentro de un año habia de venir.

#### CAPITULO VIII.

En el cual Isea cuenta de qué manera quiso su ventura que se enamorase de Clareo, y la causa de su alegría en Alejandria.

Quiso pues mi suerte, piadosas y hermosas señoras, que yo, que natural soy de la ciudad de Efeso, vine allí en Alejandria, acompañada de muchos de mi casa; y la causa de mi venida fué por saber de mi marido, que allí se habia embarcado, y las nuevas que hallé fueron, que se habia perdido en la mar, las cuales para mí fueron tan amargas y tristes, que ningunas otras pudieran ser mas; porque como yo hubiese poco tiempo que era casada, y me viese tan presto viuda; siendo tan moza y de pequeña edad, con gran pena podia sufrir mi nueva y triste adversidad; y como fuese extranjera, sola conmigo lloraba mi gran pena y trabajo, sin tener otra compañía mas que la de mis lágrimas y continuos suspiros, y grandes cuidados, amando todas las cosas tristes, y aborreciendo las alegres. Y para remedio desta mi triste vida, quiso mi ventura que viviendo cerca de la casa de Clareo, y oyendo hablar dél y de la muerte de Florisea, lo desee ver y conversar por tener entendido que era triste como yo. Oh triste de mí! Qué triste era yo! Y tristes busqué, y triste vivo, y triste viviré siempre, por haber buscado causa para siempre serlo, hasta que la muerte dé fin á estos mis trabajos, y al derramar destas mis continuas lágrimas, las cuales tan mis amigas son, que ni ellas sin mí, ni yo sin ellas vivir podemos. Rompiendo juntamente los cielos con grandes suspiros y mortales llantos, enterneciendo con ellos á los duros y marmóreos corazones, viviendo con gran deseo, como digo, de ver á Clareo, y trabajando cumplir lo que tanto deseaba, y no hallando vía para ello, con causa me quejaba de mí y de mi poca ventura, la cual quiso para mi mayor desventura, que en Alejandria se ordenaron unas justas por los gentileshombres de aquella tierra, á las cuales Clareo por ruego de muchos salió, por mas mostrar su tristeza; y entrando lo hizo con mucha gracia, y á contentamiento de todos aquellos que lo miraban; y siendo acabados, yo me volví á mi casa amando ya tan encendidamente á Clareo, que olvidada la muerte de mi marido, en otra cosa no pensaba, deseando hallar alguna vía para poderle manifestar mi pena y el gran amor que le tenia; y no pudiendo hallar ni un camino, con gran dolor mi triste vida pasaba, harto mas alegre con todo de lo que agora es esta, y temo que aun será peor.

Estando pues mis cosas en estos términos que aquí digo, quisieron mis tristes hados que yo viviese en una gran casa, en la cual muchos forasteros, personas principales, alojaban, por ser posada muy rica y principal. Era el señor de la casa hombre ya de edad, casado con una muy hermosa mujer, regocijada y de noble condicion, pero muy recogida y honesta, á la cual amaba Rosiano, compañero y amigo de Clareo; pero como ella fuese tan honesta, poco

se le daba de ninguno, lo cual á Rosiano daba muy gran pena; y no pudiendo por ninguna forma hablar á Ibrina (que así se llamaba), buscó manera cómo le pudiese hacer entender el gran deseo que de servirla tenia; y fué así que como él aun no tuviese barba, y fuese muy gentil hombre, vistióse en traje de mujer viuda, y con gran compañía, fingiendo ser extranjera que allí á Alejandria á negocios venia, vino á alojarse en la misma posada en que yo estaba, y despidiendo la gente, diciendo que la enviaba á cierto negocio, se quedó allí solamente con un paje, que en vestidos de doncella lo servía, y así se estuvo algunos dias en aquella vida, hasta tanto que se vino á descubrir, y á ser amado y en extremo querido de Ibrina, lo cual todo yo vine á saber, porque Ibrina me quería tanto, que todo el negocio me descubrió. Y como ella supiese que yo amaba á Clareo, díjome que esta seria buena vía para que mi mal tuviese algun remedio, y que ella fiaba tanto en Rosiano, por lo mucho que se querían, que él en todo haria buen oficio.

Yo, como ninguna cosa mas desease, agradécille mucho aquella voluntad, diciendo que haria en todo lo que ella ordenase. «Pues sea así (dijo Ibrina): Rosiano se quiere ir mañana, y después vendrá aquí diciendo que tiene unas letras de Efeso para daros, y desta manera podeis hablar con él vuestras cosas, y yo gozar de mis amores;» pareciéndome á mi buena razon, díjele que era contenta, y así se dió órden que se hiciese. Y salido Rosiano, dentro en tres dias volvió, y demandando por mí subió á hablarme. Yo le recibí alegre y cortesmente, y tratamos de diversas cosas; pero á la fin, como el amor que yo tenia á Clareo fuese grande, y la pena que sufría no menor, esforzándome (aunque no con pequeña vergüenza) le comencé á hablar, diciendo: «ya, señor Rosiano, habreis entendido por Ibrina, señora desta posada, cómo mi ventura ha querido y mis hados ordenado, que yo amase y quisiese á Clareo vuestro gran amigo y compañero, y cuán gran deseo tengo de con él me casar, por lo cual á mí me pareció que, siendo yo tan amiga de Ibrina, no era sin razon daros esta cuenta, y pedir os rogaros que vos seais aquel por quien mis grandes deseos se cumplan, y yo alcance las cosas que tanto quiero y mas que á mí misma, amo; y esto con infamalle y hablalle, dándole á entender cuán rica soy y de cuán nobles padres nacida, las cuales cosas todas le podrán decir muchas personas que aquí de Efeso se hallarán; y con esto cesé. Y Rosiano muy cortés y cuerdamente me respondió, diciendo que él hablaría con Clareo, y le diría cuán venturoso se podía llamar en haberle la ventura dado cosa tan al propósito para sufrir sus trabajos, y de todo olvidallos. Y porque él quería con la obra mostrar su voluntad, que á la misma hora iba á hablar con Clareo, y así se despidió, quedando yo esperando la respuesta de mi vida ó de mi muerte, temiendo siempre que bastaba yo desear una cosa tanto para que jamás se me cumpliese; porque todos los sin ventura, entre otras penas, padecen esta, que asaz grande llamarse puede.»

#### CAPITULO IX.

Cómo Clareo no quiso conceder en los grandes ruegos de Rosiano, y de la gran pena que por esta causa Isea sufrió, sin podelle ninguna cosa remediar.

Llegado Rosiano á su posada, luego tomó aparte á Clareo, y le dijo: «sabe, amigo mio, que la diosa Venus ha querido, en pago de tu fe y del sentimiento que por Florisea haces y has hecho, darte una diosa por mujer, la cual es una hermosa viuda, que Isea se nombra, moza de edad de diez y ocho años, natural de la ciudad de Efeso, la cual me ha mandado llamar y dicho con gran amor que se quiere casar contigo, y hacerte señor de todos sus bienes, que en extremo son tantos que toda tu vida serás rico, y á nosotros harás dichosos. Y pues Florisea no ha de resuscitar,

no dejes de hacer lo que tanto conviene, no lo dilatando porque fortuna no mude su rueda; porque esta que te quiere es rica, con lo cual tú honestamente y con mucha honra podrás vivir; es hermosa porque su rostro es blanco y de mucha majestad y señoril honestidad lleno, con color natural y sin ningún artificio compuesto, tan agraciada que parece ser de leche con sangre mezclada, y sus cabellos crespos y rojos, á lo que yo ver pude, porque estaba vestida aun como viuda; pero de suerte que yo pude bien ver todo lo que dicho tengo, y al despedir, como se levantase en pié, me pareció tener grande y agraciado cuerpo.»

Clareo le respondió que él tenia en mucho tan buena suerte; pero que él por ninguna vía pensaba tomar mujer, habiéndole faltado en aquella tierra su querida Florisea; y afirmóse tanto en esta opinion, que por cosa que le dijese no lo pudo ya mas sacar della, por mas que trabajó aquella y otras muchas veces; y así resuelto de no poder acabar con Clareo que por mujer me tomase, me traje la respuesta, la cual me dió tanta turbacion y tristeza, que por un gran rato no pude hablar. Pero, disimulando mi mal, encubrí mi dolor, aunque no de suerte que no se viese en mi rostro (porque pequeña es la pena que ningún seso encubrir puede); y así Rosiano se partió de mí, y yo recogida en mi cama, después de gran llanto haber hecho, comencé á decir, acompañando mis tristes palabras con amargos suspiros:

«Oh cruel fortuna, y cómo quieres ganar honra con una sin ventura y flaca mujer, vencida de la voluntad, sin poder obedecer á ninguna cosa sino al amor que con flecha dorada mis tiernas entrañas ha traspasado, hiriendo á Clareo con flechas de plomo para mayor pena mía y olvido suyo! Oh Florisea! Grande debia ser tu planeta, pues á tantos tu muerte da pena, y así la mar no á una sino á muchas quitó la vida, causando todas estas cosas el poderoso amor con sus encendidas llamas y fuertes saetas; el cual hiriendo descuidadamente traspasa el alma, prende el cuerpo, ciega el entendimiento, y destierra la razon, y abrasa y quema las entrañas, por mas fuertes y duras que sean, y así despedaza los miembros como un bravo león ó tigre, sin quedar ninguna parte del mundo que su daño no sienta, no bastando ninguna suerte de personas á poderse defender de sus manos, atormentando á los tristes enamorados mas crudamente de lo que en los infiernos atormentan á los dañados; y así yo metida en este deseo me enojo, y me atormento, y me abraso, y me quemó, y me aflijo y me aflano, puesta en una rueda de trabajos, viviendo sin vida y muriendo con ella. Oh cuitada de tí, Isea triste y extranjera, y cómo podrás sufrir tantos dolores, y cuánto mejor te fuera morir en la brava mar, ó ser despedazada de algunos tigres ó bravos leones! Oh amor, y de cuántos daños has sido causa, haciendo siervos los que son libres, y tornando locos á los que son sabios! Porque ¿qué mayor locura puede ser que negarse uno á sí mismo, y entregarse á otro por siervo y cautivo, padeciendo mayor mal que los esclavos con sus señores? Porque ellos mandan cosas posibles; pero amor quiere y manda aquellas que no lo son, tornando y volviendo á los que siguen tu mandado muertos para consigo, y vivos para quien sirven, forzando este cruel tirano no solamente á darse los enamorados la muerte, pero aun á intentar otras peores cosas; porque yo, aunque moza, tengo leídos grandes daños causados por el amor. Quinto Flaminio, siendo cónsul en Francia, por causa de una su enamorada mandó cortar la cabeza á uno que no tenia culpa. Lucio Catelina, siendo enamorado de Aurelia Orestilla, y no queriéndolo ella aceptar por marido, por respecto que tenia un hijo de otra mujer, por la complacer y casarse con ella mató al hijo con sus propias manos. Semiramis, reina de Egipto; forzada de amor, se enamoraba de muchos vasallos